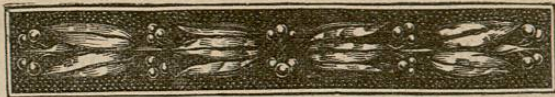


PANEGÍRICO

DE SAN LUIS GONZAGA, PREDICADO EN LA IGLESIA DE LA COMPAÑÍA
DE JESÚS DE BARCELONA EL 21 DE JUNIO DE 1891,
ANIVERSARIO SECULAR DE LA MUERTE
DEL SANTO.



Præcedet te angelus meus.

Mi ángel irá delante de ti.

EXOD. XXIV. 23.

DICHOSO el joven que puede exclamar con David: *Deus, Deus meus ad te de luce vigilo!* ¡Feliz el hombre que puesta la mano sobre el corazón, puede decir delante de Dios y del mundo: oh Señor, Señor, que nunca he dejado de adorar desde que abrí los ojos á la luz, mis pensamientos han sido para tí; jamás me he entregado al sueño de la culpa. Prevenido por tu gracia, no la he desperdiciado, y ella me ha acompañado y seguido en todos mis pasos. Desde la mañana de mi vida te he conocido, te he adorado, te he servido, en tí he meditado y á tí he dirigido mis plegarias. Tú en cambio me has concedido siempre tu especial protección, y merced á ella he permanecido inocente en las tiendas de los pecadores, y he caminado ileso entre el voraz basilisco y el dragón alevoso. *In matutinis meditabor in te quia fuisti adjutor meus.*

¡Oh juventud cristiana, que tan piadosa me circundas en este día solemnísimo! Dichosa tú que puedes ostentar en tu diestra el lirio de la inocencia y pronunciar con los labios y con el corazón las consoladoras palabras que acabo de proferir. Pero eres todavía más dichosa porque el Señor, como en un tiempo á su pueblo escogido, te ha ofrecido darte por caudillo á uno de sus ángeles predilectos, á tu ángel por excelencia, al único ángel que se ha visto revestido de carne mortal, y sin embargo adornado con alas que sin sentir el peso del cuerpo deleznable, lo sublimaron desde el principio hasta los tronos en que los serafines y querubines entonan sus himnos de gloria al pie del solio del Altísimo. Te encuentras, es cierto, en un Egipto más corrompido que el de los Israelitas de antaño. El demonio, que en el mundo ha sentado sus reales con más imperio aún que en los tiempos del paganismo, ejerce sobre tí una tiranía mayor que la de los ominosos Faraones. Ha convertido en esclavos, no los cuerpos, sino las almas que el Señor redimiera con su sangre preciosa. Parece que ha contaminado el vicio aun á los escogidos del Señor. El ojo fatigado busca en vano en las ciudades y en las campiñas la inocencia de otros días. Ya no es la juventud la primavera de la vida que han cantado los poetas, sino el otoño prematuro, el invierno anticipado que acelera la muerte.

Y sin embargo, juventud cristiana, el Señor te ha ofrecido sacarte de este piélagos tempestuoso, librarte de esta insufrible esclavitud; y ha prometido que saldrás ilesa con tal que sigas sin desmayar las huellas del ángel que te ha de preceder en tu gloriosa retirada, *præcedet te angelus meus*. Con valor lo has cumplido hasta ahora. Entu-

siasmado he oído los progresos que la Congregación de San Luis ha hecho en la virtud y en la verdadera ciencia, cuyo principio es el temor santo de Dios. Con santo orgullo he sabido las altas pruebas de valor cristiano y de desprecio del mundo que continuamente estás dando, é inefable ha sido mi gozo al ver con mis propios ojos el arranque verdaderamente sobrehumano con que te has preparado á celebrar el tercer aniversario secular del nacimiento (como llama la Iglesia á la muerte de los escogidos) del angélico joven San Luis de Gonzaga. He aquí por qué, invitado á pregonar sus glorias, no he vacilado un momento, á pesar de mi insuficiencia, en aceptar la grata misión y en detenerme más tiempo del que pensaba en esta católica ciudad, y en medio de juventud tan piadosa.

No esperéis de mí un panegírico. Me propongo tan sólo pararme en medio de ese camino que vosotros empezáis á conocer, de que ya he recorrido la mayor parte, y mostraros desde lejos, oh jóvenes, á ese ángel que el Señor os ha dado por guía. Volviendo los ojos á la tierra, os señalaré las huellas que su ligera planta dejó en ella estampadas, y en que vosotros habéis de poner vuestros pies; y dirigiéndome, por último, á vosotros mismos, me permitiré dar la mano á los vacilantes, confortar á los cansados, levantar á los caídos, y aun empujar á los recalcitrantes.

Quiera la Virgen purísima interceder por este su siervo y socorrer á los que conmigo la invocan.

AVE MARÍA.

¿Qué podré deciros de San Luis de Gonzaga á vosotros, oh juvenes de su congregación, que conocéis á fondo su vida? De ella se os habla en vuestras reuniones semanales; de sus virtudes tratáis en vuestras meditaciones cotidianas: vuestros directores pronuncian á menudo sus alabanzas. Ahora sobre todo se os han distribuido tantos ejemplares de su historia, voluminosos unos, breves los otros, trazados todos por hábiles plumas, que aun los que menos hayan estudiado estas útiles lucubraciones, saben más que lo que yo pudiera deciros. Y sin embargo, hay anécdotas en las vidas de ciertos santos que no se cansa el hombre de oír ni repetir; que vienen de continuo á nuestra memoria; que no se olvidan ni en los momentos en que toda nuestra atención parece embargada por objetos diametralmente opuestos; que nos sugieren hasta las circunstancias más heterogéneas. No llevéis, pues, á mal que os las recuerde, aunque ligeramente, en este día glorioso en que su omisión parecería más extraña que repeticiones no por cierto inútiles.

Me veis ahora lejos de mi habitual residencia. No es esta la primera vez que de ella me ausento, y desde niño permitió la Providencia que anduviera yo recorriendo el mundo. Cúpome la dicha de visitar casi todos los si-

tios en que se deslizó la brevísima vida de Luis de Gonzaga; y no extrañaréis que haciendo revivir olvidados recuerdos de mis mejores años, haga más vivas vuestras impresiones con mis reminiscencias personales.

Paréceme aún encontrarme en aquella tempestuosa mañana de otoño en que por vez primera contemplé las olas, entonces nada risueñas, del azulado lago de Garda. Rugían con tal furia, se levantaban de tal suerte á guisa de montañas, azotaban con tal furor las playas meridionales mientras las del Norte desaparecían en el estrecho horizonte, que llegué á pensar que errando de rumbo, me habían conducido á las orillas del embravecido Adriático. Repuesto de mi primer estupor, ví que no era sino aquella laguna de que ya en su tiempo cantaba el poeta que se enfurecía á veces encrespando sus olas y lanzando rugidos iguales á los del Océano: *fluctibus et fremitu surgens Benace marino*; la misma laguna que hace tres siglos lamía blandamente el señorío feudal de los opulentos Gonzaga. ¡Ah! No me acordé entonces ni de las hazañas de los antiguos guerreros, fundadores de la ilustre raza, ni de los Príncipes de la Iglesia que llevaban su nombre, ni de las glorias militares del Marqués D. Fernando. Mi imaginación voló desde luego al 9 de Marzo de 1568, y se me figuró aún oír los coros de los ángeles que alababan á Dios por la creación de un nuevo hermano, que aunque disfrazado de mortal venía al mundo santificado aun antes de nacer con las aguas del bautismo, y llevando en la tierra, como Rafael el de Azarías, hijo de Ananías, el nombre de Luis de Gonzaga, heredero del Marquesado de Castellón y de un principado del Sacro Romano Imperio.

Cuando más tarde visitaba los campos de batalla, ya en el Norte, ya en el Sur de Italia, en que las armas españolas tanto lustre adquirieron, ya bajo Gonzalo de Córdoba, ya bajo Antonio de Leiva, ¿creeréis que no era ni la colosal figura del Gran Capitán, ni la efigie del defensor de Pavía, la que se me presentaba tenazmente delante de los ojos? No, no era el primero en su brioso corcel con su arrogante cuerpo tan sano y tan grande como su alma, ni el segundo dirigiendo desde su lecho de campaña gloriosas batallas y dominando las enfermedades con una grandeza de alma que excede nuestra comprensión. No: era la figura, grande en medio de su pequeñez, de un niño de cinco años, montado en diminuta jaca, ostentando sobre pequeño yelmo exigua cimera, y marchando en medio de numerosas huestes al lado de su padre D. Fernando Gonzaga, jefe á la sazón de la infantería italiana al servicio de España.

¿Quién habría creído que en tan breve vida asignase la Providencia aun á Luis de Gonzaga su período de hazañas militares como á San Ignacio de Loyola y tantos otros insignes santos? Parece que Dios ha querido mostrar que en estos sus siervos el amor á las humillaciones, y la admirable mansedumbre, no procedían de cobardía ó pusilanimidad. Así es que nos agrada ver al futuro novicio de la Compañía de Jesús ostentando en el campamento su luciente armadura y afectando los aires marciales que veía en sus compañeros de armas. Por más que nos sea familiar este cuadro, nos complacemos siempre en recordarlo, y aun oímos, sin la repugnancia que en otro niño nos inspirarían, las toscas palabras que ha aprendido á la soldadesca, y que repite sin saber su

obsceno significado. Nos deleitamos en verlo deslizarse hasta los pies de los cañones, robar la pólvora á los dormidos artilleros, y sembrar la alarma en el campamento con el furtivo disparo. Nos deleitamos, sí; porque al mismo tiempo que nos revelan el temple del alma de aquel niño, nos descubren su inocencia angelical, siendo estas ligerísimas faltas los únicos pecados de toda su vida; los que lo hicieron derramar tan amargas lágrimas, y circundar con punzantes espinas de penitencia el cándido lirio de su inmaculada pureza.

¡Jóvenes católicos! En esta época de armamento universal no se necesita ser hijo de un Marqués de Gonzaga para verse obligado á ceñir la armadura. De los palacios y de las cabañas, y aun de los seminarios y de los claustros, hay que salir para poblar los campamentos. Aprended de vuestro santo patrono á llevar una vida ejemplar y cristiana aun en medio de la soldadesca; y si no tan sólo ligero polvo fácil de sacudir, sino fango pegajoso, empañare con el brillo de vuestro uniforme el candor de la túnica bautismal, seguid su ejemplo en purificar uno y otro con lágrimas amargas de saludable penitencia.

¡Ah! Cada vez que en la flor de mis años me tocaba ir á orar en la espléndida Basílica de la Anunciación de Florencia, ante aquella imagen á cuyos pies se postraba tan á menudo el joven Luis, no podía menos que figurármelo arrodillado á las plantas del confesor, acusándose de aquellos dos ligeros pecados cual si fuesen imperdonables delitos, y desmayándose de dolor. No sé qué mágico influjo tiene el doblar las rodillas donde las han hincado los santos. Me parecía que algo de su contrición